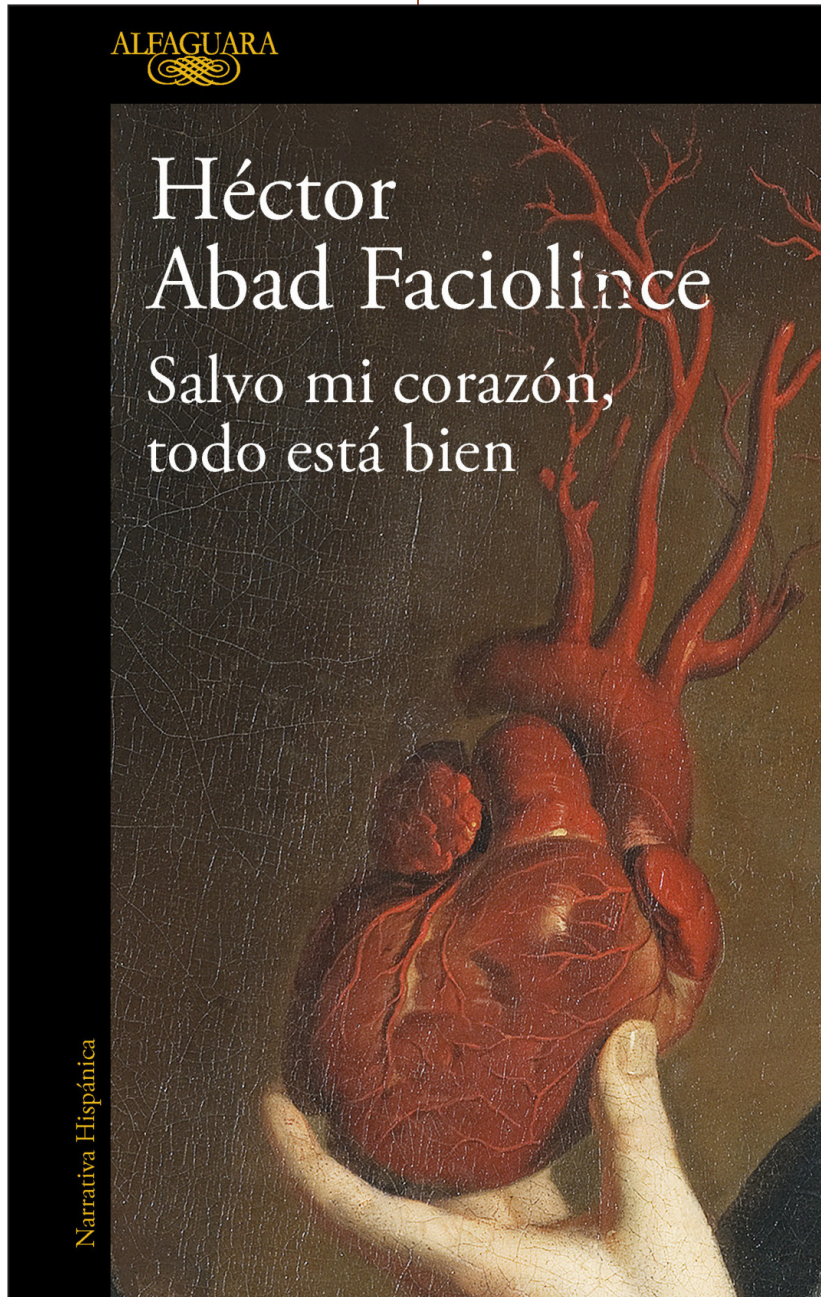




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Tras el fenómeno de *El olvido que seremos*, Héctor Abad Faciolince regresa con una novela original sobre la familia, el matrimonio y las oportunidades que se abren paso en un corazón enfermo.

Tras padecer problemas cardíacos durante años, el sacerdote Luis Córdoba está a la espera de un trasplante de corazón. Su vida depende de una muerte ajena, pero alto y gordo, por su tamaño no tiene fácil encontrar un donante, ni siquiera en un Medellín donde la violencia multiplica las defunciones. Para transitar la espera, los médicos le aconsejan reposo y eliminar esfuerzos físicos como subir las escaleras de la casa en la que, desde hace veinte años, vive en compañía de Aurelio Sánchez, un cura que, al igual que él, ha encontrado su lugar para practicar la fe en los márgenes de las instituciones católicas. Córdoba, como lo llaman muchos, se traslada entonces a la casa amarilla y verde de su amiga Teresa, que se acaba

de separar y vive junto a sus dos hijos pequeños, una empleada doméstica, Darlis, y la hija de ella. Allí no tienen escaleras, y a cambio, hay cuidados, risas infantiles, comida y una acogedora sensación de hogar que fascinan al cura.

Córdoba goza compartiendo sus conocimientos de cine, que lo han convertido en un reputado crítico y docente, y su pasión por la ópera con sus nuevas compañeras. Pronto, y al lado de estas mujeres sin esposo y sus niños, comienza a desempeñar el papel de padre y a su cuerpo vuelve algo de la vitalidad perdida. Si la enfermedad desbarata la existencia y lo acerca a la muerte, Córdoba, con su optimismo inquebrantable y su apego a la vida, ve en la posibilidad de

un trasplante la oportunidad para un nuevo comienzo. La convivencia trae así la fantasía de, pasada la cirugía, dejar los hábitos, casarse y formar una familia. Aurelio escucha atentamente las palabras de su amigo que, confiesa, se debate entre la complicidad intelectual que siente con Teresa, y la sensualidad y energía de Darlis, que masajea a diario los hinchados pies del cura, despertando en él sensaciones desconocidas. Mientras, Joaquín, el exmarido de Teresa, necesita huir lejos de aquella intimidad doméstica que, precisamente, conquista el débil corazón de Córdoba.

El trasplante, sin embargo, no llega, y una arriesgada intervención quirúrgica marca el fin del sacerdote, que muere dejando truncados sus sueños, y un inmenso vacío en todos los que lo conocieron. Del hombre bondadoso y culto que supo encontrar refugio en el cine, la música y la fe cristiana, y a su vez, en la compañía de una familia atípica, queda la voluntad de honrar la vida buscando la felicidad allí donde reside aquello que amamos, pero también el conmovedor relato que Aurelio Sánchez compone antes de enclaustrarse en un monasterio.

CLAVES DE LA NOVELA

A lo largo de su amplia trayectoria, Héctor Abad Faciolince ha incursionado en diversos registros siguiendo el hilo, en más de una ocasión, de una memoria personal y familiar que se inscribe en la convulsa historia de Colombia. Literatura, testimonio y recuerdo se entrelazan en obras como *El olvido que seremos*, su celebrada novela que fue llevada al cine por Fernando Trueba, *Lo que fue presente* o *Traiciones de la memoria*, que vuelven la mirada sobre un pasado reciente, a la par que arrojan luz sobre el acto mismo de evocar, donde vivencias e imaginación casi siempre se confunden. *Salvo mi corazón, todo está bien*, su nueva novela, se aproxima también al terreno de la memoria tras los pasos del cura Luis Alberto Córdoba, un personaje real que inspira una narración que transcurre en aquel lugar donde los límites entre ficción y realidad se difuminan. Construida con maestría, la novela se abre como un dispositivo de cajas chinas en el que Joaquín nos ofrece el relato que Aurelio compone a partir de sus conversaciones con Córdoba, y en este juego de voces las distinciones entre lo imaginado y lo acontecido pronto dejan de importar.

En el centro, o mejor, el corazón de esta novela encontramos a un sacerdote fuera de lo común que, sin sotana y con una genuina bondad, practica la fe desafiando muchas de las normas de la Iglesia que, a sus ojos, obliga a compromisos, como el celibato, que pueden producir peligrosos monstruos. En un mundo regido por jerarquías e intrigas de poder, Córdoba y su colega Aurelio consiguen, increíblemente, encontrar los resquicios para situarse en los márgenes de la institución católica y desde allí ejercer el sacerdocio, dar rienda suelta a su pasión por el cine y la música, y hacer de la amistad que los une una forma de familia. Los años de convivencia de los dos curas o la temporada que Córdoba pasa en casa de Teresa son un retrato de modelos de familia que trascienden las definiciones tradicionales. Héctor Abad Faciolince retoma así uno de los grandes temas de *El olvido que seremos*, y con su historia de sacerdotes que sueñan con casarse, hombres que desean a hombres, padres adoptivos, madres solteras, y maridos que se asfixian en las rutinas conyugales, pone en valor la diversidad, y a la familia no como una convención

social, sino como una forma de dar y recibir cuidados, y de construir lazos de afecto. El matrimonio, entre tanto, se erige, tal y como dice un viejo proverbio francés citado en la novela, como una fortaleza sitiada en la que los que están dentro quieren salir, y los que están fuera pugnan por entrar.

La familia, a su vez, conduce al hogar o la casa que, en unos maravillosos pasajes, se describe como un cuerpo en funcionamiento; un organismo vivo y autónomo en donde es posible proyectar fantasías, sanar heridas, enfrentar temores y, en definitiva, encontrar refugio. La casa, sin embargo, no es el único lugar de amparo en *Salvo mi corazón, todo está bien*, una obra que habla del cine, la literatura o la música como bálsamos y lenguajes donde buscar la belleza y la plenitud. Repleta de citas literarias, y referencias cinematográficas y operísticas, que se pueden escuchar a través de códigos QR, la novela ilustra el rico mundo cultural que, durante casi toda una vida, constituye el refugio de Córdoba.

De la poesía y el arte al léxico médico, pasando por las metáforas del corazón o

los apuntes de anatomía, la obra incorpora registros y los conjuga hasta alcanzar el espesor necesario para sumergir al lector en el universo de los personajes. El goce artístico o el descubrimiento de la felicidad matrimonial forman parte de un tramado de vivencias donde también irrumpe la enfermedad, un motivo al que la literatura ha regresado una y otra vez, buscando siempre los modos de narrar una experiencia sobre la que planean muchos miedos y tabúes. A través de la historia de un corazón enfermo, el escritor colombiano indaga entonces en la enfermedad como agente que desorganiza la vida, y a su vez, como idioma del cuerpo. La enfermedad constituye un quiebre, aparta al enfermo del mundo y exige paciencia, pero también se abre como una oportunidad para reconfigurar la existencia y comenzar de nuevo. Héctor Abad Faciolince consigue iluminar este doble cariz gracias al optimismo que destila su protagonista, un hombre alto, gordo y bondadoso que, en medio de un mundo hecho a menudo de violencia y crueldad, no renuncia jamás a la capacidad de amar y a sus ganas de vivir.

PERSONAJES PRINCIPALES

EL PADRE LUIS CÓRDOBA

Luis, Córdoba o, para muchos, el Gordo, es un hombre alto, gordo, culto y bondadoso que toma en su juventud el camino de la religión, renunciando a muchas cosas, menos a su pasión por el cine y la ópera. La herencia de una casa que había pertenecido a su familia le permite vivir suficientemente lejos de las instituciones católicas como para continuar ejerciendo el sacerdocio y, al mismo tiempo, impartir cursos de cine, convertirse en un reputado crítico, y dejarse llevar por las arias, las composiciones barrocas o las vagas fantasías con bellas actrices italianas. Un corazón, en un sentido anatómico, demasiado grande va minando su salud y lo aboca a un probable fallo cardíaco que solo puede evitarse mediante un trasplante. Córdoba, sin embargo, acaba optando por un innovador método quirúrgico que, sin estar del todo probado, supone su muerte en 1996, a los cincuenta años.

EL PADRE AURELIO SÁNCHEZ

Aurelio, o Lelo, como lo llaman algunos, es un sacerdote y estudioso de la Biblia que se ordena por vocación, y también, por la necesidad de contener, a través del celibato, un deseo homosexual que ni su familia ni la sociedad pueden tolerar. El narrador de esta historia, sin embargo, no se siente cómodo en una estructura eclesial que promueve los oscuros juegos de poder y silencia pecados que deberían ser inadmisibles. Sus fricciones con algunos superiores lo llevan a compartir hogar con Córdoba, con quien, como él mismo dice, forman una perfecta unión célibe hasta que su amigo se traslada a casa de Teresa. Tras la muerte de Córdoba, Aurelio reconstruye su vida, volcando en su relato las confidencias que el cura le hizo durante los meses previos a su fallecimiento, y una vez concluida su obra, se recluye en un monasterio.

JOAQUÍN RESTREPO

Amigo de Córdoba y Aurelio, Joaquín da forma de novela al relato que el padre Lelo le ofrece antes de guardar silencio y recluirse. La asfixia que le produce la armónica vida conyugal con Teresa lo impulsan a dejarla por una mujer rica y mucho más joven y superficial, al costado de la cual saca a relucir una frivolidad que su exmujer no reconoce. Veinticinco años después de la muerte de Córdoba, sus propios problemas cardíacos lo conducen a revisar no solo la historia de su amigo, sino también sus elecciones del pasado.

TERESA ALBANI

Nacida en Italia, Teresa llega a Medellín de la mano de Joaquín, su novio. Los cursos de cine de Córdoba son para ella una puerta de entrada a la vida cultural y social de la ciudad, y el inicio de su amistad con el cura. Mujer culta, inteligente y dueña de un sentido práctico de la existencia, Teresa encuentra en Córdoba a un compañero intelectual, pero también, un estímulo para avivar la maquinaria de los cuidados y deshacerse de la tristeza que queda en su casa tras la partida de Joaquín.

DARLIS GARRIDO

Criada en el seno de una familia de campesinos pobres, Darlis es una sensual mulata que, en casa de Teresa, reparte el tiempo entre las tareas de limpieza, la cocina, cuidar a los niños y los masajes que al final del día ofrece a la familia. Es ella quien le propone a Córdoba masajear sus pies hinchados para estimular la circulación y sanar, con las técnicas aprendidas de su padre, el débil corazón del cura. El problema cardíaco no se revierte, pero junto a esta mujer despierta y vital, Córdoba comienza a fantasear con el matrimonio, con la pérdida de la virginidad, y en definitiva, con una vida más allá de la cirugía en la que su miedo a las mujeres por fin se desvanezca.

EXTRACTOS POR TEMAS

EL CORAZÓN Y SUS METÁFORAS

«Cualquier cosa que uno escriba sobre el corazón se vuelve imagen y metáfora. Todo lo anterior, que en términos médicos se llama cardiopatía dilatada, puede decirse también en palabras corrientes, aunque no tan técnicas y precisas como las de arriba, y con el agravante de que van a sonar sentimentales: Luis tenía muy grande el corazón. Pero, al revés de lo que suele significar la expresión, un corazón grande no anuncia nada bueno. Por mucho que Cervantes haya dicho que “el que tiene mayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño”, en realidad no es así. Un corazón grande es el prólogo de la falla cardíaca, pues significa que día tras día sus músculos sufren más (crecen, se deben esforzar, se endurecen, pierden elasticidad) para conseguir llevar a cabo su función.»

«Al colgar, yo me quedé repasando esa misma idea de las cosas únicas o repetidas que tenemos en el cuerpo: es curioso que los hombres tengamos dos testículos y un solo pene. Un solo cerebro, aunque partido en dos hemisferios con funciones distintas, y una sola alma, según se nos enseña, indivisible e inmortal. Cinco dedos en cada mano y en cada pie. Pero de nada tenemos tres, ese número mágico que tanto nos atrae, y en ese sentido era aún más extraña y más única la idea cristiana de la Santísima Trinidad. Le hablé a Luis de esto que había pensado cuando fui a visitarlo uno o dos días después, y me dijo que él también había meditado sobre el asunto y que incluso había llegado a la conclusión de que —en realidad— podría decirse que tenemos dos corazones.

—¿Cómo así? —le pregunté yo.

—Estuve mirando unas láminas sobre su funcionamiento y me di cuenta de que el corazón único, en últimas, son

dos bombas netamente separadas por una pared. Esa pared no permite para nada la comunicación entre las dos mitades. El corazón de la derecha recibe sangre negra, sin oxígeno, de las dos venas cavas, y luego expulsa esa misma sangre oscura hacia los pulmones. Y, de los pulmones, la sangre roja, fresca, brillante, oxigenada, entra en el corazón izquierdo, primero a la aurícula, luego al ventrículo izquierdo por la válvula mitral, y de ahí se expulsa a todo el cuerpo. Si por casualidad hay alguna fuga, alguna comunicación entre el corazón derecho y el izquierdo (algunos bebés nacen con malformaciones así), es el desastre, porque la sangre negra se mezcla con la roja, y eso no es bueno para la oxigenación del cuerpo entero. Lo que son dos no se puede volver uno.» (pp. 76-77)

«—¿No le parece muy egoísta, don Luis, creer que todo está bien menos su corazón? A mí, por ejemplo, me duele la espalda cuando barro, y eso tampoco está bien, ni está bien que en mi pueblo no haya acueducto ni agua potable.

—Cuando uno está enamorado es así, Darlis, el amor se convierte en el centro del universo.

—Será por eso que los enamorados me han parecido siempre tan bobos —dijo Darlis.

—Pero fíjate bien que, a lo mejor, cuando el poeta dice que su corazón no está bien, lo que está diciendo es que todo está mal, pues si está mal el corazón, nada puede estar bien, o por lo menos no hay manera de aprovechar lo que esté bien.

—Pues yo pienso que nadie debería dejarse esclavizar por el corazón —lo contradijo Darlis.

—El corazón no solo bombea sangre, Dar. La dictadura del amor uno la acepta con mucho gusto.» (p. 122)

«Si apoyamos la cabeza sobre el pecho de la persona amada (y este ha de ser uno de los actos humanos más antiguos), además de la agradable sensación de la piel y del calor, a pesar del aroma irrepetible que emana quien amamos, de repente se oyen esos latidos rítmicos, ese pequeño motor que es la muestra de que estamos vivos. Nadie lo recuerda, pero sin duda la primera experiencia auditiva de todos los vivíparos es esa misma palpitación grave, oscura, doble, cavernosa. En la tibia piscina del líquido amniótico, ese constante tambor de carne tiene que producir sosiego.

En estado de reposo, y si no tengo el nerviosismo de querer escribir sobre el corazón pensando en mi amigo Córdoba, o en el corazón enfermo de Joaquín, mi corazón marcha a un ritmo parejo de sesenta pulsaciones por minuto. Se dice que el minuto está dividido en sesenta segundos porque la base sesenta es cómoda. Es el primer número divisible por los primeros cinco dígitos: por uno, por dos, por tres, por cuatro y por cinco. Y además por diez, doce, quince, veinte y treinta. Pero yo creo que cuando los segundos tuvieron algún sentido para medir el tiempo (y eso solo ocurrió cuando hubo relojes muy precisos), la elección del número de segundos por minuto pudo estar influida por el ritmo natural del corazón: sin taquicardia ni bradicar-

dia, sin arritmias. Sesenta pulsaciones por minuto es un buen punto medio, al menos si uno se mide la frecuencia cardíaca al despertarse sin ningún sobresalto.» (pp. 208-209)

MATRIMONIOS Y FAMILIAS

«Después de depositar la televisión, con ayuda de Darlis, sobre el escritorio de la biblioteca, ya no tengo pretextos para quedarme más tiempo. Quiero abrazar a Córdoba, que ya está sentado en el sillón que hay en su cuarto, antes de irme, pero me despido de él como siempre, desde el umbral, sin tocarlo, con frases que carecen de drama o siquiera de calidez, algo así como “hablamos más tarde” o “a la noche te llamo”, cualquier cosa que le reste importancia al hecho de que una larga pareja de célibes se esté separando, y no por motivo de un viaje circunscrito a unas fechas definidas, sino para una aventura extraña que ninguno de los dos sabe cómo va a terminar.» (p. 71)

«Date cuenta —seguí— de que la vida de pareja, tras la satisfacción de los sentidos, se convierte muchas veces en un martirio, en una cascada de resentimientos y recriminaciones mutuas, en una cadena de celos y traiciones, de infidelidades imperdonables y perdones parciales, de mezquindades por plata, por herencias, porque se prefiere o se detesta a uno de los hijos, por sospechas y verdades, sacrificios, adulterios, una montaña de líos, exageraciones, abismos sentimentales que nosotros no conocemos o conocemos so-

lamente en el confesionario. Los curas, si nos casáramos, estaríamos dedicados medio tiempo a rencillas conyugales, a ridículas penas de amor, a líos del corazón, a socorrer a los hijos en sus penas y dificultades, en vez de dedicar todo el tiempo disponible, como es nuestro deber, a los asuntos de nuestros fieles y de Nuestro Señor.» (p. 99)

«—Mira, Gordo, el mejor negocio que puede hacer un hombre es casarse con una mujer. Solo nosotras somos capaces de un sacrificio casi místico por amor. Lo que tú has sacrificado por Dios, nosotras muchas veces lo hemos sacrificado por nuestros maridos. Tal vez esto no vuelva a pasar en el futuro; así como las vocaciones sacerdotales están en crisis, creo que también la vocación de esposa, de ese tipo de esposa que yo fui, está entrando o por lo menos debería entrar en crisis. Creo que algo así no me debe volver a pasar, ni a mí, ni a ninguna mujer. Y, sin embargo, a veces me doy cuenta de que, si me enamoro, no es imposible que yo caiga en la misma devoción, sí, devoción, en algo parecido a la devoción que le tuve a Joaquín. Si te gusta la vida familiar, y la compañía de una mujer, y de niños, deberías aprovechar ahora. Yo creo que en el próximo siglo esto se va a acabar.» (p. 130)

«Esa combinación tan especial, una niña bonita a quien criar, Rosina, que hacía soñar a Luis con la paternidad; una madre soltera que lo cuidaba amorosamente, que lo tocaba y acariciaba con gusto, que era dulce y alegre en su trato, y muy agradable de ver, de oler y de mirar, y con

quien además podía conversar como con una amiga íntima, y una cocina que avivaba en el Gordo su más antigua fuente de placer corporal fueron, pienso yo, los motivos que enloquecieron a mi amigo de amor y de ganas de vivir una vez más. Todo muy físico, muy palpable y muy real, que junto se le convirtió en una obsesión espiritual.» (p. 161)

«Hay un viejo proverbio francés que describe muy bien lo que estaba ocurriendo en la casa de Laureles: “El matrimonio es como una fortaleza sitiada. Los que están afuera quieren entrar y los que están adentro quieren salir”. Joaquín había dicho una y otra vez que se aburría con Teresa, que lo agobiaba la paternidad, y que en su casa se sentía tan encarcelado como el corazón tras los barrotes de las costillas. “¿No es eso el matrimonio, una cárcel para el corazón?”, se preguntaba.

No sé si esto dependa de la castidad, de la calidad, de la bondad, o del mismo hombre con el que conviví tantos años, pero debo decir que yo no me aburrí ni un solo día de mi vida con Córdoba. Los curas podemos tener matrimonios así de extraños, así de perfectos. A veces pienso que es el sexo el que todo lo baraja y complica. El sexo, por ejemplo, es un gran generador de celos. Casi todos los celos de los hombres son sexuales.» (p. 217)

«Teresa, incluso, había ya insinuado que tenía ganas de despedir a Darlis, que era muy terca y hacía solamente lo que le daba la bendita gana, y Darlis hablaba de renunciar, porque no soportaba los ca-

prichos absurdos de su patrona, que no le pedía que hiciera ningún oficio, sino malabarismos y milagros. Córdoba se veía a gatas para calmarlas a las dos, para hacerlas desistir de una u otra locura. En los últimos días, el hogar armonioso de las primeras semanas se les estaba volviendo un enredo al estar ambas, sin decírselo, compitiendo por él. ¿Te das cuenta?, me preguntaba, se están peleando por un cura gordo y moribundo que ni siquiera se acuesta con ellas. Más que pecar con ellas, estoy sintiendo que mi pecado es la discordia que, sin querer, siembro entre las dos.» (p. 229)

«Nunca me había dado cuenta de que la verdadera dicha es una familia, vivir en familia. La Iglesia nos prohíbe experimentar una familia, precisamente porque sabe que no hay nada más maravilloso que esto, nada tan fuerte, nada que cree lazos más estrechos, costumbres más firmes, apegos más sólidos. Con los rabinos no es así, entre los judíos ni siquiera hay monjes; en la iglesia oriental no obligan a sus sacerdotes a estos sacrificios; los pastores protestantes se casan si quieren, los ayatolas ni se diga, con varias mujeres. La comida juntos, los juegos, la hora de acostarse, los ruidos al despertar, el desayuno tibio, las despedidas por unas cuantas horas, los regresos diarios.» (pp. 285-286)

«Alcé la voz para decir que a todas esas familias que parecían raras pero estaban unidas por el amor las bendecía Jesús exactamente con el mismo amor que siempre demostró. Bendecía incluso a las familias rotas, pero no sin amor, que se-

guían vivas a pesar de las rupturas, y aquí miré a Joaquín, pero Joaquín no me estaba prestando atención. Luego añadí las frases más heréticas que he dicho en mi vida en una misa, pero que al parecer nadie, por fortuna, notó: “Recuerden que todo, hasta la muerte de un amigo muy querido, puede ser el comienzo de una nueva religión. Una religión mucho más amable que la más amable de las religiones. Una religión reformada en la que no se juzga a los demás por el tipo de familia que quieran construir”» (pp. 344-345)

LA FE EN LOS MÁRGENES DE LA IGLESIA

«—Sabes, Luis, yo siempre he sido un ateo manso, muy poco militante. No me interesa que nadie se convierta al ateísmo. ¿Sabes por qué? En buena medida es para no ofender a mi mamá, que sufre con mi ateísmo. Por eso últimamente, cuando me preguntan en público si creo en Dios, yo he optado por esta respuesta: “Yo creo que mi madre cree en Dios”. Lo hago para que ella no sufra. Pero yo no creo en nada de eso, y lo mismo les digo a los niños si me lo preguntan. En vez de Dios, prefiero hablarles del big bang, del origen del universo, del origen de la vida en la Tierra y de la evolución de las especies. Tengo una visión del mundo, digámoslo así, científica y no teológica. No creo tampoco en la vida después de la muerte, pues pienso que nos morimos del todo y para siempre, igual que los mosquitos y las vacas. Y no solo no creo en Dios,

sino que tampoco lo siento, ni lo necesito para explicar las cosas que existen.

—Sí, doña Natividad a veces me ha mencionado ese asunto —contestó Luis—. Yo le he dicho que no es necesario que la gente crea en Dios para salvarse. Basta que sea buena y que se porte bien. He conocido ateos que son mejores personas que muchos creyentes.» (p. 84)

«—Para mí la música de Bach, sus cantatas, o algunas melodías de Mozart, o la existencia de seres humanos como estos niños, o la belleza de algunos cuadros pintados por hombres, o de algunos versos escritos por místicas son la demostración de la existencia de Dios. No voy mucho más allá. El arte, la belleza son una guerra declarada a la brutalidad y al desamor, y por lo tanto son el reflejo del amor, que es la manifestación más clara y palpable de la existencia de Dios. Lo verdaderamente misterioso no es la enfermedad ni el mal, sino la salud, la bondad y la belleza. En cuanto al big bang y a la evolución, si son como los plantea la ciencia, siempre podré decir que Dios creó tanto el big bang como la evolución. Nada me impide pensar que esto forme parte del ingenio infinito o de la sabiduría infinita de Dios. También pienso que Dios creó la mente humana de manera que en ella hubiera ciertas creencias que brotan de forma natural en todas las culturas: la fe, la esperanza, la caridad. ¿No te parece extraño que la evolución haya creado el concepto mismo (dejemos de lado la existencia), tan solo el concepto de Dios?» (p. 85)

«Un cónclave de sumos sacerdotes pone a prueba a dos jóvenes de veinte años para saber cuál de ellos es más casto y cuál de ellos más apto para el sacerdocio. A uno lo encierran en un harem de hermosas y desnudas mujeres jóvenes; al otro (el preferido por el más sumo de los sumos sacerdotes), en un asilo de ancianas a punto de morir por decrepitud. El segundo sale invicto y al primero se lo acusa de ser un lascivo, un lujurioso. ¿Es justo el veredicto del jurado? No voy a contestar estas preguntas, que son muy obvias para un heterosexual, pero que para mí resultan más complejas y abstrusas. De todos modos me he permitido apuntarlas aquí porque no creo que estén completamente fuera de lugar y porque a veces en la religión que profeso les pedimos mucho, quizá más de lo que pueden dar, a estos dos conceptos: el libre albedrío y la voluntad.» (p. 68)

«Siempre se habla del daño que hizo Pablo Escobar y en general el narcotráfico en Medellín. Siempre se dice que la mezcla de mafia, guerrilla, paramilitares, delincuencia común convirtió a Medellín, en los años ochenta y noventa, en la ciudad más violenta del mundo. Esos factores son fundamentales, sí. Lo que no se cuenta es que el arzobispo católico de la ciudad más católica del país, por esos mismos años, destruyó el tejido religioso de los barrios más pobres, retirando a los párrocos más comprometidos con sus propias comunidades. A los que conocían las familias, las penas, las angustias de la pobreza. Ellos sabían qué era lo que llevaba a algunos, desesperados, a entrar en grupos y bandas de

delincuencia, a trabajar como mulas de los narcos o a venderse como sicarios a sueldo de la mafia. Ellos lo entendían y en muchos casos lo habrían podido evitar, si los hubieran dejado en su lugar, pastores de su rebaño, en aquel sitio que amaban y donde eran amados, al lado de sus pobres. Pero de ahí, por fanatismo o por envidia, los había desterrado el cardenal.» (pp. 169-170)

«Uno sigue siendo cura hasta la muerte, sí, y yo no dejaré de serlo, porque amo y creo profundamente en mi religión, pero no la voy a vivir como me lo han impuesto unas normas despiadadas de concilios antiguos que ya no puedo soportar, que no comparto en la teoría y que me voy a dedicar a combatir en la práctica, si sobrevivo, aun fuera del sacerdocio, con esa dispensa con la que me pienso salir y casar y formar al fin esa familia con la que siempre soñé. Es raro que algo tan tradicional, una familia, sea una revolución para mí, y una liberación, no un lazo ni un nudo más. De hecho, yo ya he formado, con Aurelio, una familia atípica, una familia de célibes que convivió en calma y armonía durante veinte años.» (p. 318)

CON GANAS DE VIVIR

«Hay que tener en cuenta que cualquier relato, cualquier película o cualquier novela, si se alarga lo suficiente, terminaría siempre de la misma manera, con la muerte de sus protagonistas e incluso de su mismo narrador. En ese sentido,

el futuro es más inmutable y se conoce mejor que el pasado. Un final feliz, según el famoso epigrama de Orson Welles, es simplemente un final prematuro. El matrimonio de los novios que hacen valer al fin unos amores a los que todos se oponen ¿es un final feliz? El matrimonio, en realidad, es el comienzo de otro tipo de contrariedades que deben ser contadas en otra película.

Pensándolo más despacio, sin embargo, creo que el final malogrado de una vida consiste en que esta se termine antes de tiempo, antes de alcanzar —por ejemplo— el logro más alto que nos hemos propuesto. El fin que llega sin poder aferrar la aspiración más seria de nuestra existencia: tener un hijo, cultivar un jardín, ganar una batalla, escribir un libro.» (p. 20)

«No puedo ser otro completamente distinto aunque reciba un corazón ajeno. He disfrutado mucho la vida y creo que no tengo quejas. Siempre me ha gustado lo bello, lo amable: el arte, el espíritu, el pensamiento. En este sentido, me gustaría seguir buscando lo mismo. El pasado está ahí, mi pasado de sacerdote, por ejemplo. Yo soy eso, y esto no se

puede corregir ni borrar. Quisiera tener la misma vida, pero aprovecharla hasta lo último. La vida es la posibilidad de estar al lado de otros seres con amor. El amor es la base fundamental de la existencia. Las carencias de alguien hacen que otra persona tenga una vida plena, con sentido. Si no hubiera enfermos, no habría médicos. Si los niños no fueran pequeños y frágiles, no habría maternidad ni paternidad. Si todos fuéramos perfectos, nadie necesitaría a nadie. Cada carencia implica que alguien suple esa carencia y la mejora y la hace menos honda.» (p. 213)

«—No será científico, pero yo lo puedo ver, lo puedo tocar: usted está mejor del cuerpo, y si se lo pudiera tocar, le diría que también está mucho mejor del corazón. Está más delgado, camina mejor, respira mejor. Es que usted ya ni se acuerda del señor gordo y lento que entró a esta casa hace cinco meses, oliendo a hospital y a sacristía, pero yo sí me acuerdo perfectamente. Usted ya es otro, Luis. Y el corazón no es una máquina, no diga eso. Su noble corazón ha respondido con amor desde que llegó aquí. Óigase su corazón y créale, Luis.» (p. 295)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Salvo mi corazón, todo está bien* es una novela inspirada en la vida de un personaje real. Aun así, si bien el autor nos va dando algunas pistas de ello, no hay una necesidad de trazar distinciones entre ficción y realidad. ¿Por qué pensáis que Héctor Abad Faciolince escoge escribir desde esta zona ambigua donde lo imaginado y lo real forman un único relato? ¿Cómo influye en vuestra lectura saber que el protagonista existió realmente?
2. La familia es uno de los temas más reconocibles en la narrativa de Abad Faciolince, como se puede observar en su celebrada *El olvido que seremos*. ¿Qué idea de la familia traslucen las novelas del autor?
3. El corazón es un órgano vital que, desde los mitos de la antigüedad hasta nuestros días, ha ido adquiriendo infinidad de significados y se ha revestido de metáforas. ¿Qué significados se despliegan en la novela en torno a un corazón sano y un corazón enfermo?, ¿qué metáforas contiene la novela?
4. Luis Córdoba es sacerdote, pero rara vez viste o actúa de acuerdo a la imagen preconcebida que tenemos de los religiosos. ¿Cómo definiríais su relación con la Iglesia?
5. Al igual que Luis, Aurelio es una figura atípica en el mundo eclesiástico: ambos defienden unos valores que no suelen estar presentes en el discurso de la Iglesia católica. ¿Qué une a estos dos personajes?, ¿cómo es su relación?
6. *Salvo mi corazón, todo está bien* es una novela que ahonda en el matrimonio y la familia, pero además retrata relaciones de profunda amistad que se prolongan durante décadas. ¿Cómo son los vínculos de amistad que se describen? ¿Pensáis que la novela traza una distinción entre el amor y la amistad?

7. Matrimonios, amistades, convivencias... ¿Cuáles son los modelos de relaciones que la novela nos muestra?, ¿tienen elementos en común o prima la diferencia?
8. La novela rescata un viejo proverbio francés que dice: «El matrimonio es como una fortaleza sitiada. Los que están afuera quieren entrar y los que están adentro quieren salir». A partir de esta frase, ¿cómo se relaciona cada personaje con el matrimonio?, ¿qué supone para ellos este tipo de unión?
9. La estancia de Córdoba en casa de Teresa es una suerte de educación sentimental donde los personajes se asoman al amor, al deseo, a la necesidad de compartir, pero también, a los celos. ¿Quiénes se ven expuestos a los celos a lo largo de la novela?, ¿cuáles son los detonantes de este sentimiento?
10. Para Córdoba, la renuncia a la paternidad es el coste más elevado del sacerdocio. ¿Qué lo atrae de la infancia y la compañía de los niños? ¿Por qué pesan más fantasías como la de adoptar a Rosina y tener también hijos propios que las del sexo o el matrimonio?
11. Las descripciones de las diferentes casas en las que vive el protagonista ocupan varias páginas de la novela. ¿Cuál es la importancia de las casas?, ¿qué significados tienen estos espacios?, ¿por qué pensáis que el autor describe la casa de Teresa como un cuerpo con sus órganos en funcionamiento?
12. Además de precisas descripciones anatómicas y notas sacadas de tratados de medicina e historias clínicas, la novela contiene una gran cantidad y variedad de referencias literarias, cinematográficas y musicales. ¿Qué efecto va produciendo en la lectura la introducción de estas referencias? Según la novela, ¿qué papel desempeña el arte en nuestras vidas?

13. A lo largo de la novela, la dicotomía entre el bien y el mal está muy presente. Tanto Córdoba como Aurelio son hombres bondadosos que pregonan el bien en un mundo, demasiado a menudo, violento y cruel. Uno y otro, a lo largo de sus carreras, se topan con personajes que encarnan el mal, y otros que, inocentes y luminosos, tiene un aura angelical. ¿A través de qué elementos y personajes se va construyendo esta distinción?, ¿por qué la historia de Córdoba abre camino a esta reflexión de orden ético?
14. Siguiendo con la dicotomía entre el bien y el mal, a raíz de sus conflictos con algunos altos cargos de la Iglesia, Aurelio cita una frase de una novela de Juan Villoro donde el demonio dice «Soy esa fuerza que siempre quiere hacer el mal y acaba provocando el bien». ¿Qué opináis de esta frase y cómo la relacionáis con la novela de Abad Faciolince?
15. Durante la misa del funeral de Córdoba, Aurelio se toma la libertad de desafiar a la Iglesia para bendecir, con frases que rozan lo herético, a las familias en toda su diversidad. ¿Por qué el cura reúne en ese momento la fuerza necesaria para defender en voz alta aquello que, en la práctica, ha sido uno de sus valores?
16. Los fragmentos del sermón de Aurelio que la novela recoge hacia el final describen a Córdoba como una poderosa fuente de inspiración. ¿Estáis de acuerdo con las palabras de Aurelio? ¿Os quedáis con algo del legado humano de Córdoba?

EL AUTOR

© Ruven Afanador



HÉCTOR ABAD FACIOLINCE nació en Medellín (Colombia), en 1958. Estudió Lenguas y Literaturas Modernas en la Universidad de Turín (Italia). Además de ensayos, traducciones y críticas literarias, ha publicado, entre otros libros, *Asuntos de un hidalgo disoluto* (Alfaguara, 1994), *Tratado de culinaria para mujeres tristes* (Alfaguara, 1997), *Fragmentos de amor furtivo* (Alfaguara, 1998), *Angosta* (2003), *El olvido que seremos* (2006; Alfaguara, 2017), que fue llevada al cine en 2020 por Fernando Trueba, reconocida por los festivales de Cannes y San

Sebastián, y ganadora del Goya 2021 a la mejor película iberoamericana y de cinco de los principales premios Platino 2021; *La Oculta* (Alfaguara, 2015) y *Lo que fue presente* (Alfaguara, 2020). Con su tercera novela, *Basura* (2000), obtuvo en España el I Premio Casa de América de Narrativa Innovadora. Ha publicado también un libro de poemas, *Testamento involuntario* (2011); uno de ensayos, *Las formas de la pereza* (2007), y otro de relatos, *Traiciones de la memoria* (Alfaguara, 2009). Sus libros han sido traducidos a más de quince idiomas.

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE EL AUTOR

«Lo que voy leyendo de Héctor Abad Faciolince lo voy guardando como migas de pan muy esféricas, pulidas, luminosas, para cuando tenga que atravesar el gran bosque de la noche».
Manuel Rivas

«Uno de los autores más venerados y exitosos de América Latina».
The Guardian

SOBRE *EL OLVIDO QUE SEREMOS*

«La más apasionante experiencia de lector de mis últimos años».
Mario Vargas Llosa

«Un libro tremendo y necesario, de un coraje y una honestidad arrasadores. Por momentos me he preguntado cómo ha tenido la valentía de escribirlo».
Javier Cercas

«Un libro hermoso, auténtico y conmovedor».
Rosa Montero

«No sé si un libro puede cambiar la vida, pero sí que puede alterar tu reloj biológico. [...] Me mantuvo en vigilia toda la noche. Es un libro con boca. La boca inolvidable de la gran literatura que ha sobrevivido a la extinción de las palabras».
Manuel Rivas

«Una historia de amor inspiradora y maravillosa entre un padre y su hijo. Amor en tiempos duros de zozobra y de muerte».
Antonio de la Torre

«Una memoria apasionada escrita con amor y sangre».

The New York Times

«Un libro sagrado. Una certera excepción sobre la bondad, el idealismo más práctico, sobre la inconveniente conveniencia de alzar la voz a riesgo de que te arranquen la vida».

Jesús Ruiz Mantilla, *El País*

«Un libro testimonial, plagado de memoria y nostalgia. Una suerte de biografía afectiva del padre perdido para siempre y recuperado eternamente en la bruma de unos recuerdos puestos en negro sobre blanco».

Ricardo Baixeras, *El Periódico de Cataluña*

